

LOS PAISAJES HORIZONTALES DE LAS MARISMAS ARROCERAS DEL GUADALQUIVIR

Águeda Villa Díaz
Universidad Pablo de Olavide

Carmen Andreu-Lara
Universidad de Sevilla

Paisaje de dominante agraria con elementos y atributos singulares de corto recorrido histórico pero bien arraigados en la población, con recreaciones artísticas y reconocimientos ambientales.

Localización y caracteres

El arrozal del Estuario del Guadalquivir se encuentra a solo 20 km de la capital hispalense ocupando una extensión aproximada de 35.000 ha situadas en la margen derecha del río y principalmente en el espacio central del estuario, en las denominadas Islas del Guadalquivir. Sus producciones rondan el 40% del arroz español y el 15% del europeo, con técnicas y semillas que han ido evolucionando desde su implantación con el objetivo inicial de aligerar la salinidad de los suelos marismeños adecuándolos para otros cultivos.

Valores esenciales, claves espaciales y vectores de patrimonialización

Especialmente este arrozal tiene su clave más significativa en su capacidad para individualizarse y generar una identidad propia en el amplio conjunto de las marismas del Guadalquivir hasta dotarse de un nombre propio –La Isla del Arroz– que domina y opaca cualquier otra actividad que en ellas se realice. Su valor esencial está, por tanto, en la construcción misma del arrozal como un paisaje agrario nuevo y completo en función de un cultivo que en unos 80 años ha pasado de ser inexistente a convertirse en el absoluto protagonista de la marisma; una transformación que ha atendido a las siguientes etapas: la presencia de las empresas coloniales extranjeras, el proyecto de colonización del régimen de Franco y, finalmente, la segregación y formación de un nuevo municipio denominado Isla Mayor. El itinerario de construcción de su identidad municipal ha sido difícil, complejo y doloroso, y ha dado lugar a un aglutinante isleño propio, que supone su principal nodo de patrimonialización. A esta patrimonialización local hay que sumar otros reconocimientos desde distintas disciplinas artísticas: literatura, pintura, fotografía y, más recientemente, el cine con la premiada película *La Isla Mínima*. Igualmente, el arrozal participa de los reconocimientos ambientales de Doñana.

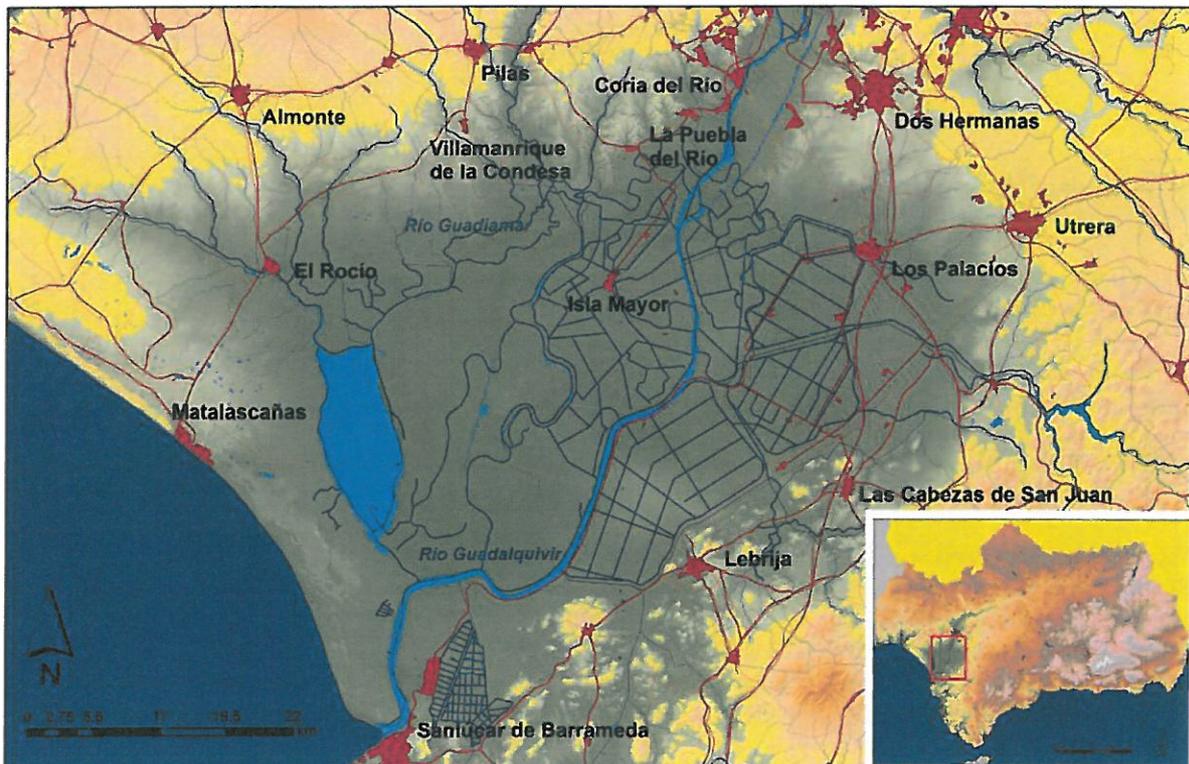


Figura 1a (arriba). Las marismas arroceras del Guadalquivir en octubre, cuando el color y la geometría de su trazado alcanzan mayor plenitud. (C. Andreu: acrílico sobre tabla, 120 x 40 cm, 2015).

Figura 1b (abajo). Localización y situación de las marismas arroceras del Guadalquivir.

1. EL CONTEXTO TERRITORIAL E HISTÓRICO DE LOS PAISAJES ARROCEROS DEL GUADALQUIVIR

Aquí fue primero la solitaria inmensidad del mar, y luego, ya convertido este mar en la llanura sin horizontes de la marisma, se produce un largo, inacabado diálogo. Y esta naturaleza vive aún hoy y desde entonces. (Suárez Japón, 1994: 5).

En el suroeste de la Península Ibérica, donde confluyen las provincias andaluzas de Huelva, Sevilla y Cádiz, se localiza el tramo final del río Guadalquivir, que cuenta con una longitud aproximada de 90 km. Este tramo se correspondería con su antigua ría, la cual, como resultado de un proceso de relleno secular presenta en la actualidad una forma de llanura triangular, con unas 140.000 ha, de las cuales su margen derecha concentra algo más del 60%. El vértice inicial de esta llanura se encuentra en la ciudad de Sevilla, desde donde va abriéndose hasta llegar a los cordones dunares de Doñana —que la separan del Océano Atlántico—.

Sus condiciones físicas han dificultado una ocupación humana permanente, de ahí que su definitiva organización territorial sea muy reciente y asociada a la implantación del arrozal. Este hecho convive con un devenir histórico largo y de gran interés, que tiene como prólogo las resonancias míticas que lo identifican como el escenario del robo de los bueyes del rey tartesio Gerión por el héroe griego Hércules, o las noticias que lo sitúan como uno de los posibles emplazamientos de la Atlántida. Estos inciertos orígenes se continúan con el papel que ha jugado en sucesivas etapas históricas, especialmente desde finales del siglo XIII, hasta llegar a su situación actual de espacio conquistado y humanizado.

Su contexto paisajístico como humedal transformado le viene dado por el arrozal; es este cultivo el que le otorga su orden claro y preciso. Un orden que muestra, a través de la trama de canales, una limpia retícula que transmite con rotundidad su carácter de paisaje agrario de construcción reciente, que ha contado con importantes recursos económicos, humanos y técnicos. Pero, en una segunda mirada, se percibe que la avifauna es una presencia constante en el arrozal, donde se observan retazos de espacios semitransformados, en los cuales permanece la vegetación y algunos otros aprovechamientos, que diversifican y naturalizan el paisaje, a la vez que devienen indicadores de los valores ambientales que fundamentan su inclusión en los espacios protegidos de Doñana.

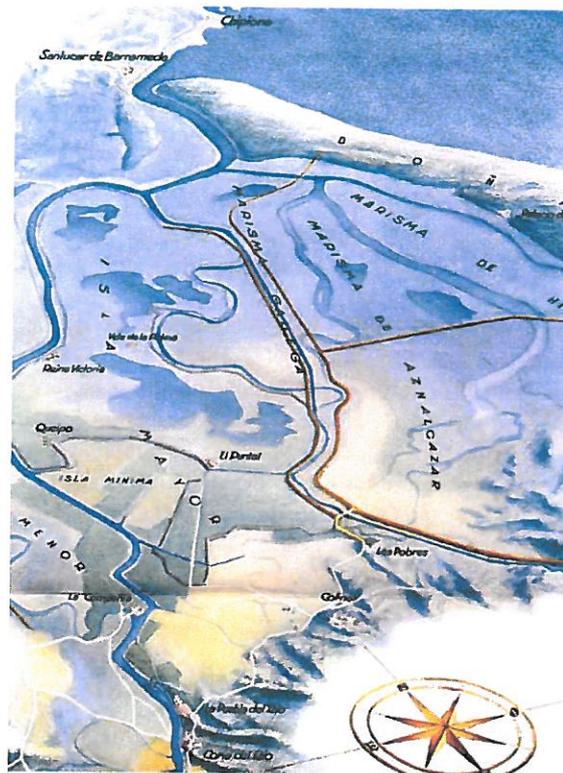


Figura 2. Disposición de la Isla Mayor en las marismas de la margen derecha del Guadalquivir. (Fuente: AMA, 1989).

2. CONDICIONANTES FÍSICO-NATURALES, HISTÓRICOS Y PRODUCTIVOS DE LAS MARISMAS ARROCERAS DEL GUADALQUIVIR

En el conjunto de las marismas del Guadalquivir se puede distinguir una compartimentación interna, derivada del discurrir de los tres brazos principales que dirigen sus aguas hacia el Atlántico: el Brazo del Este, el Brazo de En medio, ocupado por el curso actual del río, y el Brazo de la Torre, en el cual desembocaba originalmente el río Guadiamar. Fruto de esta compartimentación en la margen derecha se diferencian cuatro secciones, que de este a oeste son: la Isla Mayor, seguida de la marisma del término municipal de Aznalcázar y de la correspondiente al municipio de Hinojos, que concluye con la marisma del término municipal de Almonte. Las dos primeras son de mayor tamaño y pertenecen a la provincia de Sevilla, mientras las dos últimas están en la de Huelva.

Los paisajes de los arrozales que estudiamos se encuentran en la Isla Mayor, las cuales, conteniendo a la Isla Mínima, va discurriendo de norte a sur como una amplia y larga lengua, desde la Venta de Cruces hasta la penúltima curva del río Guadalquivir, antes de desembocar entre los municipios de Sanlúcar de Barrameda en Cádiz y Almonte en Huelva. Al este, está delimitada por el único brazo

del Guadalquivir que aún permite la navegación, y, al oeste, por el río Guadiamar, seguido del Brazo de la Torre. La Isla Mayor cuenta actualmente con 10 817 ha de arroz de las 35 000 que se cultivan en la marisma y se inscribe completamente en la provincia de Sevilla, donde se concentra el 75,4% del total de marismas.

La historia y las producciones de estas marismas han estado muy determinadas por su localización en la desembocadura de un río de la importancia del Guadalquivir y por sus condiciones físico-naturales, tal como se refleja en la descripción anterior. La marcada estacionalidad de este medio salobre determinaba el ritmo y la forma de vida de los grupos humanos que lo habitaban y permitía unos aprovechamientos diversos y extensivos, entre los cuales destacaba la ganadería y la recogida y quema del almajor, para la elaboración del jabón en las almonas de Sevilla.

A. LAS MARISMAS ARROCERAS DEL GUADALQUIVIR. APROXIMACIÓN A SUS CONDICIONANTES FÍSICOS

La Isla Mayor, a la vez que ocupa la sección central del estuario, mantiene su relación con el río —que la delimita por su borde izquierdo—. Las principales características físico-naturales que la definen y pueden hacerse extensibles al conjunto de las marismas donde se inscribe son: lo reciente de su formación, que se mantiene parcialmente activa, aunque se trate ya de marismas senescentes; la liviandad de sus materiales (arenas, arcillas, limos y gravas) y su forma de llanura muy baja —dado que en conjunto no supera los 2 ó 3 metros sobre el nivel del mar—, fracturada y fraccionada por sus irregulares *caños*, que suponen los principales accidentes topográficos de las marismas.

Además de esos caños, sus pequeños desniveles dan lugar a una microtopografía, de escasa relevancia cuantitativa pero de gran significación a la hora de transformar las condiciones para acoger a especies vegetales y faunísticas, diversificando, a la par, los recursos básicos para el desarrollo de las actividades socioeconómicas tradicionales. En medio de la planitud destacan las *vetas*, *vetones* y *paciles* como los puntos más altos y últimos en inundarse, en contraposición a los *lucios* y *ojos*, lugares especialmente bajos que mantienen el agua durante más tiempo. La vegetación propia de la marisma está muy relacionada con la cantidad y salinidad del agua; entre otras especies, pueden encontrarse en ella desde bayuncos hasta castañuelas, pasando por distintos tipos de almajos y algunas gramíneas.

La forma y función actual de La Isla es fruto de importantes transformaciones, algunas de ellas relacionadas con las rectificaciones que ha sufrido el curso del

Guadalquivir. Es el caso de la corta del *torno* o *vuelta* de Los Jerónimos, realizada en 1888 y que dio lugar a

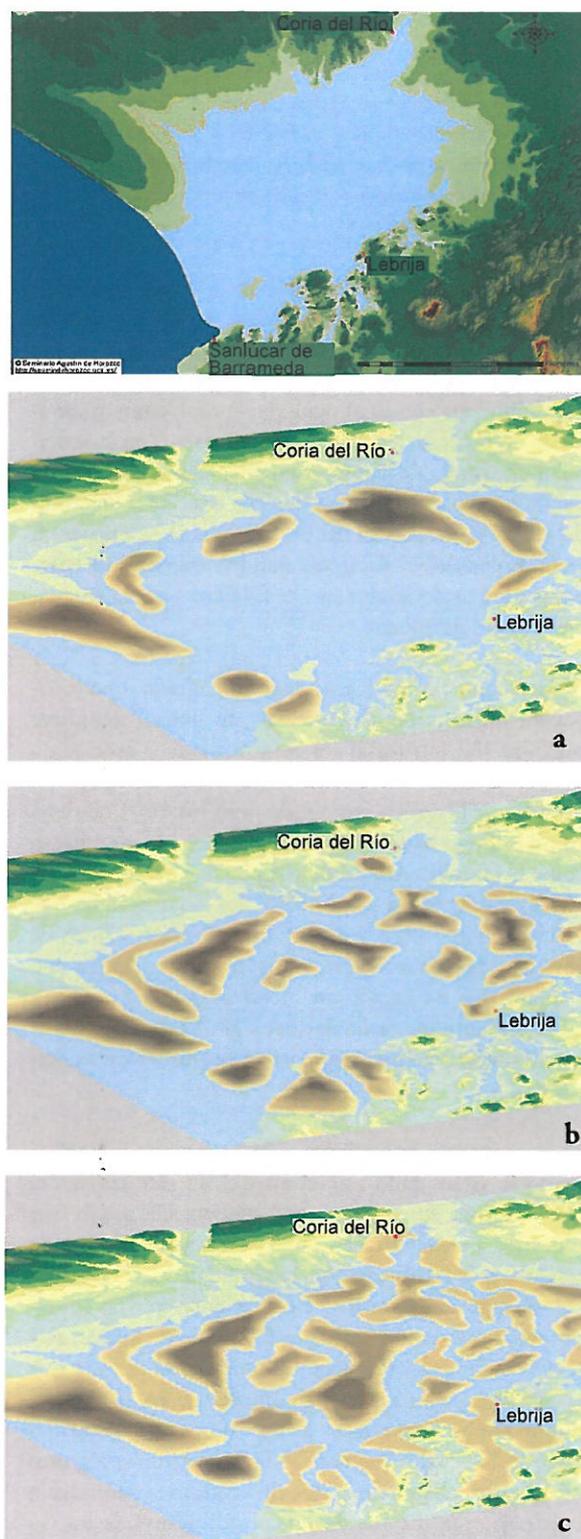


Figura 3. Aplicación de las TIG al estudio de don Juan Gavala sobre el proceso de colmatación de un espacio histórico: el Lacus Ligustinus. (Fuente: Bastos Zarándieta, A. D., 2012).

la actual Isla Mínima. A estas rectificaciones le sigue en importancia, en primer lugar, la trama de rectilíneos canales y carriles, que han reorganizado su orden espacial y su sistema de relaciones; en segundo lugar, la propia puesta en producción agrícola, con el consiguiente cambio de aprovechamientos; y, en tercer lugar, con menor incidencia, los sucesivos aplanamientos para la optimización del arrozal.

Todas estas intervenciones inciden en la progresiva domesticación de sus condicionantes naturales, que, si bien han supuesto un cambio radical en su funcionalidad, permiten a día de hoy continuar hablando de un paisaje que denota una fuerte naturalidad; de manera que los determinantes físicos, aunque manejados y transformados, continúan siendo aquí protagonistas. Un protagonismo que se sustenta en la permanencia de diferentes aspectos que siguen mostrando el carácter anfibio de la naturaleza de La Isla: el agua, ahora dominada, sigue siendo aquí el elemento clave. Igualmente pervive la planitud, de modo que este espacio continúa anegándose y presentando una marcada estacionalidad, aunque actualmente esté sujeta al ritmo del arrozal. A estos aspectos hay que añadir los retazos de espacios semitransformados y las zonas de borde, donde se mantienen especies vegetales propias de estos medios salobres y, sobre todo, la ingente afluencia de avifauna que lo coloniza completamente, dejando patente su papel como humedal clave en sus rutas migratorias.

B. LAS MARISMAS ARROCERAS DEL GUADALQUIVIR. APROXIMACIÓN A SUS DETERMINANTES HISTÓRICOS, CULTURALES, PRODUCTIVOS, Y A SU SISTEMA DE RELACIONES

Durante toda la historia antigua y gran parte de la Edad Media, de estas marismas se tienen noticias dispersas, especialmente relacionadas con su papel como lugar fronterizo de necesario y difícil control, y con la ganadería como su aprovechamiento más destacado. Su organización y regulación se inicia a mediados del siglo XIII, tras la conquista cristiana de Sevilla (1248).

Del conjunto de estas marismas, la Isla Mayor se conoce con nombre propio desde estas fechas, pasando a formar parte del término municipal de la Puebla del Río, aunque su aprovechamiento se regula como *bien de propios* del concejo sevillano. Esta regulación bajomedieval supone una prototerritorialización de La Isla, dado que organiza todo su sistema de relaciones a partir de un viario de acceso interior basado en la red de vías pecuarias. Vías que la compartimentan en grandes secciones, que señalan sus principales hi-

tos de poblamiento con las primeras ventas y hatos. Si bien la ganadería es el esquilmo principal en esta época, a lo largo del tiempo irán apareciendo otros aprovechamientos que responden a intereses y circunstancias muy distintos. Pero que, finalmente, deberán ser regulados, como la recolección y quema de almajos para la fabricación de jabón, la pesca de caños, la caza o la agricultura de matos y huertas.

Hasta el siglo XVIII la marisma mantenía el ritmo propio de su proceso natural de desecación y siempre pendiente de las crecidas del Guadalquivir. A partir de las descripciones de la época podemos entender que se consideraba un medio de vida interesante y con aprovechamientos variados y estacionales:

[...] Hay muchas reses y caza mayor y menor [...] En la marisma se crían tantas y tan extraordinarias aves nunca jamás vistas en otra parte de España que viene a ser de las cosas más raras de ella en este género [...] De pescado propio tiene grandes cantidades: Albures, Sábalos y Rodaballos, vendidos en toda Andalucía y Castilla [...] Tiene muchas y abundantes salinas.
(Caro, 1994 [1634]: 38)

Esta visión como tierra abierta y periférica, pero importante para las poblaciones comarcanas, gracias a la flexibilidad de la ordenación y gestión de sus múltiples aprovechamientos estacionales, se correspondería con el modelo de forma de vida tradicional en estas marismas, que irá cambiando progresivamente hacia una visión negativa que se publicitará desde finales del siglo XVIII como baldío improductivo y que, paulatinamente, irá deviniendo un espacio marginal, tanto por su escasa productividad como por sus deficientes condiciones para el desarrollo de la vida humana. En este caso la transformación se encuentra con dos retos técnicos importantes: las mejoras en la navegabilidad del río y la puesta en producción de las tierras, siendo el Estado el encargado de realizarlas directamente, o bien de impulsarlas y facilitarlas. Tareas, estas últimas, asumidas generalmente por grandes empresas extranjeras propietarias o concesionarias de las tierras, a modo de compañías coloniales, las cuales jugarán un papel decisivo en la conformación de estos nuevos paisajes.¹

¹ El establecimiento de colonias es un fenómeno muy antiguo, desarrollado por muchas civilizaciones y que presenta un amplio abanico de tipos, si bien todos participan de un idéntico motivo inicial: generar un lugar nuevo en función de la explotación de un recurso endógeno de ese espacio descubierto *por y para* los intereses de una comunidad exógena, para la cual —en el contexto de la mentalidad colonial— todo lo emanado de la colonia será inferior a lo aportado por la metrópoli. Se justificará así el dominio que ejercen las segundas (sociedades avanzadas-superiores) sobre las primeras (sociedades retrasadas-inferiores); una justificación que, posteriormente y especialmente en el mundo anglosajón, se ha concretado en el concepto de darwinismo cultural.

En la Isla Mayor, desde principios del siglo XIX, se habían acometido obras para facilitar la navegación (Compañía de Navegación de las Islas del Guadalquivir, 1927). En 1923 esta Compañía, conocida como de “Los Ingleses”,² comienza con la *polderización* que bonifica las tierras, desecándolas y desalinizándolas, iniciando así sus experimentos con el cultivo del arroz. La intervención de esta compañía puso las bases del actual orden territorial marismeño, dado que reorganizó sus estructura y sistema de relaciones con el trazado de los primeros canales y el viario, incluyendo un tramo de ferrocarril; introdujo la mecanización y levantó talleres, barracones y diversos tipos de alojamientos que culminaron en poblados como Colinas –situado en la vera con el fin de acoger al personal técnico y administrativo de la empresa– o como los pequeños asentamientos isleños de El Puntal, El Rincón de Los Lirios y Reina Victoria. De este conjunto destaca el poblado denominado de Alfonso XIII, del que se construyen inicialmente la iglesia, las oficinas de la compañía y algunos grupos de viviendas, convirtiéndose en el asentamiento más importante de la marisma desde su inauguración en 1927 por el propio rey Alfonso XIII.

En plena Guerra Civil, en 1937, se reemprende la puesta en cultivo de arroz de la Isla Mayor, y se prolonga el éxito obtenido por la compañía de Los Ingleses. La circunstancia bélica define el carácter de ésta y otras actuaciones donde primarán las “necesidades nacionales” del primer franquismo, determinado por la idea de vencedores y vencidos y obligadamente autárquico por el boicot de abastecimientos básicos.³ Esta transformación tuvo como instrumento fundamental la empresa andaluza R. Beca y Cía. Industrias Agrícolas, que creará un “mundo nuevo”, siguiendo un proceso rápido y cargado de urgencias, donde fue determinante contar primero con el apoyo de los mandos del ejército sublevado, para –con posterioridad a la contienda– buscar el apoyo del gobierno de Franco y convertirse en una “empresa de interés nacional”.⁴

² En la Isla, la presencia de estas compañías responde a la atracción de capitales extranjeros, iniciada en el siglo XIX y mantenida en las primeras décadas del XX, que dio lugar a una forma de colonialismo concebida entonces como mecanismo de modernización y apertura del país. Muchos son los ejemplos de este sistema colonial mercantil en Andalucía Occidental, vinculados a la minería, a la vitivinicultura o a ciertos servicios públicos.

³ El colonialismo del régimen de Franco aparece como un modelo complejo y doloroso, pues la división de la población entre colonizadores y colonizados, implícita al colonialismo (*lo superior-lo inferior, lo bueno-lo malo, lo uno-lo otro*) tuvo muy presente la diferencia entre vencedores y vencidos, dado que en principio unos y otros pertenecían al mismo estado y a idéntico marco étnico, histórico y cultural. Por otra parte, dado lo urgente y dramático de la coyuntura histórica, las iniciativas se diversifican en función de necesidades primarias como alimentos y viviendas, por lo cual intervienen conjuntamente distintas instituciones y organismos.

⁴ Por otra parte, hay que destacar que estos mundos nuevos se piensan y se publicitan como logros propios, nacidos y contruidos com-

Con posterioridad a la contienda se reimpulsará la construcción de la Isla del Arroz e irá afianzándose un nuevo paisaje productivo y humano para lo cual fue determinante –por parte de la compañía– la captación de una población que fue llegando en sucesivas etapas, desde distintos puntos de origen y con distintas condiciones de partida. La población que participó en la construcción de estos nuevos paisajes y ha protagonizado la actual trabazón isleña responde a variables distintas: las primeras oleadas –un número difícil de calcular y que serán alojados al raso, cobertizos, chozas y barracones provisionales– llegan durante los años cuarenta, encargándose de realizar los trabajos de infraestructuras y puesta en producción del arrozal. Esta población de aluvión no fue, en bastantes casos, la misma que finalmente se censó como habitantes de hecho de los poblados y, dentro de este último grupo, no todos fueron braceros de la compañía, dado que algunos –especialmente los valencianos– pasaron a convertirse en colonos con posibilidad de acceso a la propiedad de la tierra.



Figura 4. Flamenca y fallera exaltan el arroz en las Fiestas de Villafraanca, (años 60). (Fuente: Archivo histórico municipal, Isla Mayor).

Esta circunstancia dio lugar inicialmente a bastantes conflictos entre andaluces y valencianos, pues esta población foránea –menos numerosa que los primeros– accedía al trabajo del arrozal con mejores condiciones de partida, que se justificaban por su calidad de depositarios

pletamente ex-novo, para lo cual se pone cuidado en borrar completamente la memoria de todo lo acontecido en ese espacio con anterioridad. Se consigue así presentarlo como un vacío, una tierra de nadie, legitimando de este modo su conquista; ideas tales se explicitan en múltiples ocasiones mediante analogías con la conquista del oeste americano. En el caso de la Isla Mayor se obvian tanto los recientes logros técnicos y modelos productivos de las compañías, como todo el sistema de explotación secular que se venía realizando en ese espacio y cuyas actividades más destacadas se han señalado con anterioridad.



Figura 5. Construcciones con rasgos andaluces y valencianos en Isla Mayor. (Foto: A. Vahí, 19/09/2013).

del conocimiento del cultivo del arroz, representativo y tradicional en su comunidad de origen. Este modo de proceder—tan propio de cualquier acción colonial— convertía a estos arroceros valencianos en un grupo intermedio entre los mandos de la compañía y los braceros andaluces, apareciendo como receptores de algunos privilegios, de los que los demás estaban excluidos.

El tractor continúa por la carretera polvorienta hasta el poblado de Queipo de Llano para detenerse junto al canal principal. El canal donde se bañan unos muchachos en calzoncillos blancos, restriegan las mujeres la ropa con cantos rodados, y juegan los niños delante de las chozas de paja de arroz. Las chozas que son una mezcla entre chabola de suburbio sevillano y barraca de Valencia [...]

(Grosso y López Salinas, 1977: 121).

Con los valencianos llegaron muchas de sus familias, sus formas constructivas, su gastronomía, sus costumbres, fiestas y devociones, que fueron trazando sus primeros perfiles como comunidad al converger mayoritariamente en El Puntal, un asentamiento tradicional, que será objeto de una importante intervención y un cambio de nombre, —pasará a denominarse Villafranco del Guadalquivir, ya convertido en un “poblado integral”—. En este lugar se unen valencianos, andaluces y otros grupos de personas de procedencia muy distinta, si bien fueron los valencianos —que sabían hacer arroz y podían tener tierras— y los andaluces —que conocían el trabajo y estaban en su tierra— los principales hacedores de la identidad actual de Isla Mayor. Este ha pasado de ser un lugar de destino temporal a una comunidad con origen y destino propios, donde la antigua iglesia parroquial, inicialmente erigida a honra de otra advocación, se dedica actualmente a la Hermandad de N^a S^a del Rocío de este municipio, que ha ido ganando importancia como seña de representación simbólica en el entorno devocional de la Baja Andalucía.



Figura 6. La hermandad del Rocío de Isla Mayor en la romería de El Rocío. (Foto: C. Calero, 15/12/2015).

A finales de los años setenta el “mundo nuevo” de la Isla del Arroz tenía su paisaje consolidado, dominado por la línea recta como eje dominante de ordenación y con unos poblados pensados para la fijación definitiva de la población; de ahí sus dotaciones de edificios públicos y administrativos, colegios, iglesia, etc. Todas esas infraestructuras, viviendas y servicios, destacaban y destacan como elementos singulares que rompen la homogeneidad del arrozal e indican, junto al cultivo, que definitivamente La Isla ha sido colonizada y organizada atendiendo al orden ideológico del nacional-catolicismo; un orden construido y escenificado sobre la tríada “ejército”, “patria” y “religión”.

El conjunto de *poblados integrales*, como forma de poblamiento permanente en estas marismas y, por tanto, como escenario principal de los cambios sociales, constituye quizás el elemento más significativo de este paisaje. Estos cambios no pueden separarse ni entenderse más que como parte del arrozal, en cuyo conjunto aparecen como los hitos que interrumpen la monotonía del cultivo, aportando cierta verticalidad y la certeza de la definitiva humanización del antiguo estuario del río Guadalquivir.

[...] Los viajeros ven dos peluquerías, diez o doce tabernas, dos o tres tiendas de comestibles. Una calle llamada del Porvenir en cuyo arranque, hasta donde llega el arrozal, unos hombres trabajan con el azadón. En la plaza, grande y bordeada con algún árbol, un grupo de niños, armados de escopetas pajareras, juegan a policías y ladrones. El cura pasea con dos guardias civiles y un paisano, dan vueltas a la plaza [...]

(Grosso y López Salinas, 1977: 83)

De todos los asentamientos será Villafranco del Guadalquivir donde se irán concentrando población y funciones. Este lugar se convertirá paulatinamente en la capital de la Isla del Arroz y en el asentamiento donde se irá forjando la urdimbre isleña que impulsará la lucha por la in-

dependencia de Isla Mayor; una lucha que tiene como primeros hitos la presentación en 1953 del primer expediente de segregación por parte de la compañía de Rafael Beca y su conversión en entidad menor de la Puebla del Río en 1955.

Desde esa fecha hasta la consecución de la segregación, se ha seguido un camino largo y lleno de conflictos, cuya paulatina superación ha ido dibujando el actual tejido social isleño y sus propios mecanismos de arraigo. Indudablemente el más representativo de estos conflictos está en el inicio —en 1985— del expediente de segregación de la entidad local menor de Villafranco del Guadalquivir del municipio de Puebla de Río, que consiguió finalmente la independencia en 1994.

A este “mundo nuevo”, que aparecía ya como terminado, se le ha sobreimpuesto la dinámica reciente, en gran medida derivada de la evolución de las políticas ambientales y de la vecindad con los espacios protegidos de Doñana. La mortandad de aves, la aparición y el desarrollo del cangrejo rojo americano, los problemas de calidad de las aguas por el uso de pesticidas, la extracción de agua subterránea para el riego del arroz o la abundancia de aves en las tablas con el consiguiente problema para el cultivo son los episodios más destacados y publicitados de estos conflictos. Pero hay que pensar que el *antidoñanismo* ha estado latente durante años en la vida diaria de los arroceros y que, entre todos los conflictos, la rotura y derrame de los lodos tóxicos de la presa de Aznalcóllar constituyó un hito muy importante.



Figura 7. Panel de avifauna agredido. (Foto: C. Andreu, 22/10/2015).

En la actualidad estas cuestiones se encuentran relativamente resueltas, o bien se procesan con una dialéctica más amable. El cangrejo rojo, actualmente asimilado gastronómicamente, ha sido durante años un problema compartido por los arroceros, a los cuales les arruinaban los bordes de las tablas de arroz donde hacen sus galerías, y por los gestores de Doñana, donde originó un importante problema ecológico pues —como toda especie exótica— no contaba con predadores que equilibraran sus poblaciones. Las sucesivas

crisis del arroz y la intensificación de la tecnología (introducción de ordenadores, sensores climáticos, láser, GPS, adopción de medidas de reciclaje de aguas, introducción de ensayos de arroz ecológico en los últimos cinco años, mejoras de las semillas, etc.) son actuaciones que van generando cambios, algunos muy sutiles, en este paisaje agrario.

En función de estas variables, aunque el dúo arrozal-agua sigue siendo claramente el elemento predominante en la economía y en el paisaje isleño —como se refleja en su escudo municipal—, no nos encontramos completamente ante un monocultivo. El cultivo del arroz comparte sus tablas y canales con cangrejos, peces y aves, como consecuencia de la dinámica más reciente de este espacio. De esta manera, se ha pasado de *La Isla del Arroz* a *Isla Mayor*, un municipio independiente, con 114,4 km² de superficie y una población de 5930 habitantes en 2014, distribuidos entre sus dos núcleos —Isla Mayor y Alfonso XIII—. Con la elección de su nueva denominación, aprobada en 2001, sus vecinos han mostrado explícitamente la voluntad de vincularse a los primitivos orígenes naturales e históricos de “su lugar”.

C. CLAVES PERCEPTIVAS EN LA CONSTRUCCIÓN DEL PAISAJE DE LAS MARISMAS ARROCERAS DEL GUADALQUIVIR

Los paisajes de las marismas del Guadalquivir se singularizan por la extensa llanura inundable que las sustenta, que genera un paisaje diferenciado en su entorno geográfico, y por la actividad agraria, que desde hace décadas conforma el territorio geoméricamente y asocia de manera determinante sus formas al ritmo cíclico con el que se mide el paso de las estaciones por el cultivo del arroz. El sustrato natural y la actividad agraria se superponen, consiguiendo una simbiosis entre diferentes valores naturales, ecológicos, productivos y sociales que le confieren su particular identidad y afirman su complejidad.

1º La llanura húmeda y hostil, y el sentido de infinitud

Rodeada de pinar mediterráneo y ondulaciones de cordones dunares, la inmensa llanura marismeña, vertebrada por canales de agua, construye paisajes singulares, que no dejan indiferente a quien se aventure a degustarlos. Tanto si accedemos a estos parajes por los pinares de Aznalcázar como tomando desde Sevilla la carretera SE-661 dirección a la Puebla del Río, el sentido de infinitud que provoca el asombroso encuentro con el horizonte es una experiencia, cuando menos, sorprendente (Figura 8). Este horizonte nos muestra la presencia de la lejanía a la que habíamos estado tan ajenos, absorbidos por las experiencias visuales a corta distancia, presentes irremediamente tanto en la ciudad como en el pinar cercano. “El infinito, la reserva



Figura 8. *El encuentro con el horizonte. Caída de la tarde. Temple de huevo sobre papel. 40 x 15 cm. (Fuente: C. Andreu, 2010).*



Figura 9. *Un paisaje dibujado por el agua. Enero en las marismas. Temple de huevo sobre papel, 40 x 15 cm. (Fuente: C. Andreu, 2013).*

inagotable exigida por un paisaje” (Lyotard, 1988: 184), es una clave para leer y comprender estos paisajes.

La extensa llanura que cubre el arrozal nos introduce en la experiencia estética de la tensión entre la proximidad y la lejanía, entre la inmersión sensorial y la observación distante. La vista se pierde en la búsqueda de un límite inalcanzable y el espectador se ve irremediamente abocado a escrutar el horizonte, asumiendo el reto de la infinitud, un extraño silencio interrumpido puntualmente por el graznido de un ave y una peculiar sensación de soledad vigilada que es consustancial en el recorrido por estos parajes. El diálogo con el horizonte nos lleva, por tanto, al reto de lo que se presenta infinito como un “infinito irrepresentable” (Prete, 2010: 67). Esa sobrecogedora percepción de la lejanía evoca el sentido romántico de la pequeñez humana frente a la naturaleza, un pulso entre el límite de nuestra capacidad y las expectativas que genera la incertidumbre de lo distante.

El sentido romántico de lo sublime en el paisaje estuvo asociado desde su origen a las montañas, los océanos, los bosques y otros parajes que, por distantes y salvajes,

humillan con su amplitud, amenazan con su poder, recuerdan a cada cual su pasajera y precaria existencia en el mundo (Bodei, 2011: 13) y sin embargo son percibidos con una ambigua belleza seductora. Aunque los avances de la técnica, la difusión del turismo de masas y los estragos que hemos provocado en los territorios han embotado el sentido de lo sublime hoy, resulta paradójico que un paisaje con una intervención humana tan potente, capaz de domesticar las marismas para hacerlas producir, sea capaz de despertar ese sentido de incertidumbre que antaño despertaran parajes fuera de la escala humana.

La percepción de la extensa llanura que cubre el arrozal nos introduce en una experiencia estética que nos remonta al pasado *mar ligustino* que lo sustenta. Estos paisajes tienen la capacidad de conectarnos de este modo con su pasado y descubrirnos sobrecogidos el mar que un día fueron.

2º El agua como elemento vertebrador del paisaje

La planimetría del territorio es acentuada por la actividad agraria que parcela y nivela, con el fin de permitir



Figura 10. Aves en las marismas arroceras después de la cosecha. Revuelo en las marismas. En busca del cangrejo rojo. Temple de huevo sobre papel, 40 x 15 cm. (Fuente: C. Andreu, 2013).

la adecuada distribución del agua para la alimentación de las tablas. La presencia casi constante de la lámina de agua no es sólo un elemento imprescindible para el cultivo: se nos presenta también como un elemento clave de sus valores estéticos.

Las lluvias y las inundaciones necesarias para el cultivo convierten las tablas de arroz en inexplicables espejos sobre los que reverbera la luz, amplificando su intensidad y matiz hasta límites insospechados. El agua multiplica exponencialmente cualquier pequeño cambio en el ambiente mediando en el diálogo continuo entre el cielo y la tierra.

Los canales que proporcionan abastecimiento a las distintas tablas tienen también un interesante valor estético, porque estructuran geométricamente el territorio con líneas que brillan en la distancia, al modo de hilos de cristal que refuerzan la percepción del espacio como un medio ambiguo, frágil y cambiante.

Las canalizaciones para el drenaje y la conducción de agua proporcionan, por otra parte, un atractivo

irresistible para que estas aves del entorno de Doñana encuentren comida abundante y un hábitat adecuado cuando escasea el agua en el medio natural. Cigüeñas, garzás, gallinetas y calamones pueblan las tablas de arroz durante todo el año. Es difícil pasear por las marismas arroceras sin percibir la presencia de las aves que sobrevuelan procedentes de las proximidades de Doñana y se recrean mediante murales gigantes en las paredes de edificios y en muros. Sin agua no hay cultivo. Sin agua no hay vida.

3º La actividad agraria como principio de la mutación cíclica del paisaje: el cromatismo cambiante como superación de lo uniforme.

El agua en su continuo diálogo con el arrozal nos revela el rastro de la actividad agraria en el paisaje, vemos e imaginamos el pasado en el presente (Figura 11). Hombre y máquina dialogan constantemente con la naturaleza en las marismas arroceras, mientras el agua revela con indiscreción la configuración humana de estos paisajes.



Figura 11. Rastreros. Caída de la tarde en Julio. Temple de huevo sobre papel, 40 x 15 cm. (Fuente: C. Andreu, 2011).



Figura 12. La medida del tiempo en el arrozal I, II, III y IV. *Temple vinílico sobre tabla, 40 x 40 cm, clu.* (Fuente: C. Andreu, 2012).

Desde que se produce la siembra al final del invierno y la tierra espera durante algunas semanas el brote tierno de la plántula de arroz, hasta que, a principios del otoño, se procede a las labores de recolección y eliminación de los restos de paja, el arrozal nos muestra un paisaje que muta lenta pero constantemente. Estos paisajes nos proporcionan su propio modo de medir el tiempo, marcado por el cromatismo cambiante del cultivo (Figura 12).

Estos cambios tan significativos que caracterizan a las marismas arroceras tienen la capacidad de sorprender tanto a la población residente como a los cada vez más numerosos visitantes de estas tierras. Esa capacidad de extrañar y sorprender resulta clave en la percepción de estos territorios como paisaje. Como nos recuerda Lyotard, “el extrañamiento es condición del paisaje” (Lyotard, 1988: 183). Las inundaciones previas a la siembra pueblan estas

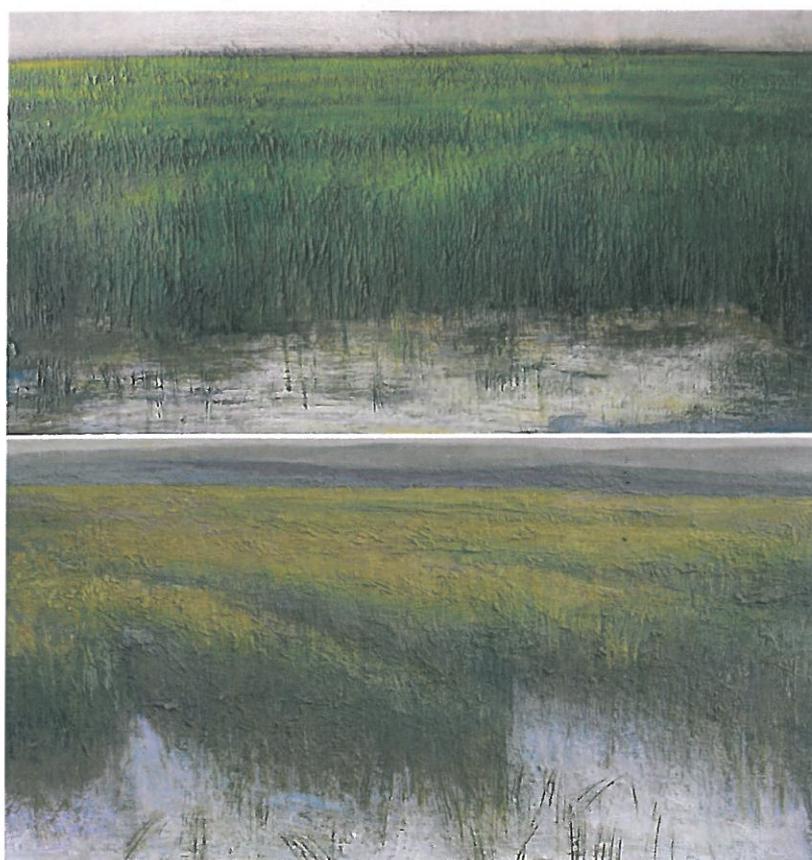
llanuras de innumerables espejos de agua, que crean un paisaje insólito y sorprendente. Un laberinto de senderos, terrizos aparece; senderos que tejen los espacios abiertos de estas marismas con una trama geométrica que nos ayuda a percibir la inmensidad de su trazado (Figura 13).

A principios de la primavera la lámina de agua deja emerger el verde cálido de las pequeñas plántulas de arroz (Figura 14). Millares de brotes se unen al ritmo que impuso la siembra y distinguimos con claridad las diferentes tablas que marcan los cambios de nivel para facilitar el reparto del agua en la superficie inundada.

Mientras el arroz crece y aparecen las espigas, va desapareciendo a la vista como por arte de magia el entramado de carriles que conecta unas tablas con otras. Los cambios cromáticos en esta época hacen del arrozal un paisaje singular,



Figuras 13 (arriba). Arrozal en Enero: Cristales rotos. Figura 14 (debajo de la anterior). Arrozal naciente. Ambos cuadros: Temple de huevo sobre papel, 40 x 15 cm. (Fuente: C. Andreu, 2012).



Figuras 15 (arriba). Verde arrozal en Agosto. Verde luz del sol poniente, 2011. Figura 16 (debajo de la anterior). Septiembre. Maduración. Pausa dorada, 2012. Ambos: Acrílico sobre tabla. 80 x 40 cm. (Fuente: C. Andreu).

que contrasta intensamente con el entorno inmediato, y que presenta sus verdes más intensos en la aridez del verano, cuando el matorral mediterráneo apaga sus colores a la espera de que las primeras lluvias le devuelvan su actividad vegetativa. En verano el calor húmedo puede ser asfixiante, solo el color verde nos permite respirar (Figura 15). Ese verde, que es, en palabras de Grosso y López Salinas, “[...] distinto a todos los verdes que los viajeros han visto antes de llegar a esta zona de la Baja Andalucía. Es un color nuevo aceitoso y crujiente. Un tono más luminoso que el del verdequear del trigo y la alfalfa en los ribazos de la vega de Coria: un verde que nada tiene que ver con el verde de los sotos o con el de los plantíos de caña”.

Al final del verano el arrozal respira, y la panícula deja abrir sus flores en breves periodos de tiempo al sol durante varios días. Las temperaturas altas de la noche intensifican la respiración diurna. Comienza la rápida formación del grano de arroz. Una coloración espectacular con los dorados de las panículas del arroz sobre el verde intenso de la planta que la sostiene lo delata (Figura 16).

A partir de ese momento la calidez y luminosidad de los cultivos deslumbran. Los matices dorados dominan poco a poco el paisaje y se acelera el ritmo de la maduración: la planta termina de dorarse y nos muestra una sinfonía de ocres que se extienden hasta donde la vista alcanza. Invade el arrozal una quietud que en nada hace presagiar la actividad frenética en la que se verá envuelto con el paso de las máquinas cosechadoras. Todos los días de la semana máquinas, tractores y camiones de carga trabajan incansables desde el momento que el sol calienta y seca la humedad de la noche hasta

que el rocío vuelve a humedecer el arrozal, llenándolo con una actividad insólita en estos parajes. El fin de semana los turistas y visitantes pueblan la comarca. De hecho, el disfrute del espectáculo que ofrece el arrozal en esta época llama cada vez a más visitantes —que suelen terminanr su jornada degustando algún plato de arroz de los que sirven en sus bares y restaurantes—. Esta gastronomía local que se ha ido generando en torno al arroz, el cangrejo y el pato forma parte ya del patrimonio cultural de la marisma, que celebra anualmente ferias gastronómicas monográficas, que la incentivan y enriquecen.

El paisaje del arrozal en el periodo de la cosecha es inseparable ya de la miríada de aves que siguen a la cosechadora a la captura de los crustáceos que esta va dejando al descubierto entre fangos y rastros (Figura 17); es el momento donde *arroz* y *Doñana* forman su binomio más atrayente y explícito, pues, si miramos al cielo, descubriremos un nuevo paisaje. Estamos debajo de una autopista, como llaman los ornitólogos a las rutas que anualmente siguen miles de aves en su migración entre el norte de Europa y el conti-



Figura 17. Quemado de la paja tras la cosecha. Líneas de fuego. Temple de huevo sobre papel, 40 x 15 cm. (Fuente: C. Andreu, 2012).



Figura 18. Fango de arroz en diciembre. Acrílico sobre tabla 100 x 100 cm. (Fuente: C. Andreu, 2013).

nente africano.

En breve, el paisaje habrá cambiado hasta volvernos a sorprender. Para eliminar rastrojos y restos procedentes de la cosecha el arrozal arde en líneas paralelas, de manera que el fuego dibuja la superficie de la plantación con trazos violáceos y negros que alternan y contrastan llamativamente con los amarillos de la paja que todavía permanece firme en el fango. El humo tiñe el aire. El color de la paja quemada se matiza con el olor y el sabor de la ceniza húmeda y los rastros de hollín sobre el rastrojo; olor intenso que construye un nuevo paisaje.

Cuando termina la cosecha, los restos de paja y rastrojo que no se han carbonizado se entierran en una labor que se conoce como *fangueo*. Esta llamativa actividad deja su huella en el paisaje durante el largo tiempo que media entre este proceso y la nueva siembra. De este modo, la tierra queda preparada a la espera de un nuevo ciclo del arroz. La quietud del paisaje en este tiempo es sólo aparente, porque los pardos de la tierra seca del letargo invernal recogen las aguas de lluvia y mantienen vivo ese diálogo continuo con la luz sin sombras de estos parajes y con la huella que el trabajo del hombre deja en ellos cada año.

4º Los paisajes sociales del mundo del arroz

La Isla Mayor ha pasado de ser un lugar con una población en relativo tránsito a una comunidad con origen y seña de identidad propia, forjada por la trabazón de costumbres y modos heredados a lo largo de su historia y donde recientemente valencianos y andaluces han dejado una huella indeleble. La adaptación a su medio y el aislamiento geográfico han cincelado las actitudes de los isleños en un mundo que, aunque aparentemente está lejos de todo —al margen—, es, a la par, muy poroso, pudiéndose acceder a él por cualquiera de los recovecos del agua que lo rodea y domina.

La venta El Cruce es oficialmente su puerta de entrada y salida y el principal lugar de encuentro, una pieza clave para comprender el mundo del arroz que Alfonso Grosso y López Salinas destacan en el viaje que hicieron en 1966:

Es grande, tiene un patio sombreado por una parra. Por los lienzos de las paredes trepan la buganvilla y los jazmines. El patio es fresco, tranquilo. (...) Acuden los capataces, los agrónomos de la Confederación, los topógrafos, los técnicos de las Compañías que recorren la Isla en automóviles *Land Rover*, con sus botos de campo y sus gorras de visera, midiendo, calculando, viendo la forma de sacar el máximo provecho a la gran sociedad anónima de la marisma.



Figura 19. José Pineda con sus perros en Isla Mayor 1991-96 (Foto: Atín Aya). (Fuente: http://imagenes.eldiario.es/andalucia/Atin-Aya-EDIIMA20150215_0229_13.jpg).

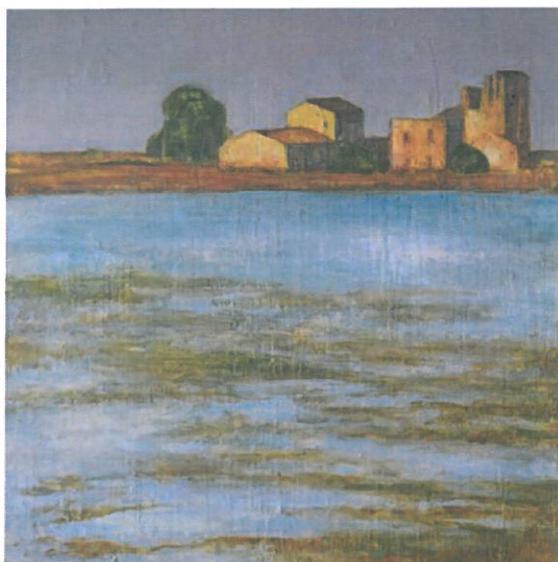


Figura 20. Edificaciones arroceras abandonadas. Arqueología del arrozal I y II. Temple vinílico sobre tabla, 60 x 60 cm. (Fuente: C. Andreu, 2013)..

(Grosso y López Salinas, 1966).

Desde su emplazamiento privilegiado, frontera y umbral de las marismas, la venta ha ido cambiando al compás de los tiempos, pero sigue participando en el entramado social marismeño. En la barra del bar siguen mezclándose historias, personajes lugareños y forasteros; un paisanaje sin duda pintoresco.

Los núcleos urbanos, Isla Mayor y el Poblado de Alfonso XIII, en su aislamiento, mantienen una dinámica propia que dibuja un paisaje confuso, donde se mezclan estructuras agrarias abandonadas con edificaciones contemporáneas, canales de agua con viviendas unifamiliares, rutas turísticas con vías de uso agrario. Una confusión que muestra las distintas etapas por las que ha pasado esta sociedad hasta construir su identidad isleña.

Al margen de la conocida Venta El Cruce y los núcleos urbanos, la soledad inunda estos paisajes. Puede decirse que es una soledad densa, una soledad vigilada porque en cualquier momento, en cualquier situación, algún lugareño pasará indiferente por tu lado. Pero nada pasa inadvertido, en esta llanura aparentemente abierta y desierta, para una población siempre alerta ante el forastero.

4. CLAVES PARA UNA LECTURA PATRIMONIAL DE LOS PAISAJES DE LAS MARISMAS ARROCERAS DEL GUADALQUIVIR

En todo lo señalado anteriormente se pone de manifiesto que en los paisajes de “Las marismas arroceras del Guadalquivir” convergen valores de distinta naturaleza que dan lugar a que su lectura patrimonial deba abordarse desde una múltiple visión. De hecho, se trata de un paisaje agrario de reciente creación en Andalucía, que participa de los valores ambientales de Doñana y que cuenta con valores estéticos recreados ya en distintas manifestaciones artísticas; pero realmente lo que le otorga su valor patrimonial más significativo es el proceso de construcción social protagonizado por sus *habitantes* hasta conseguir convertirse en sus *vecinos*.

Este último valor patrimonial está muy relacionado con su creación como nuevo paisaje agrario. Se puede decir que es su culminación, pues a los rasgos visibles que lo identifican (los arrozales, los modos de explotación de la tierra, el sistema de canales, la red viaria y las edificaciones), se suman otros rasgos de visibilidad menos explícita y que derivan del papel jugado por los grupos humanos que lo han ido conformando hasta conseguir —en un tiempo corto e intenso, de lucha—, realizar una completa apropiación del espacio a través de los múltiples acontecimientos que se han sintetizado en el apartado de los condicionantes históricos, culturales y



Figura 21. Panel informativo de la gañanía. (Foto: C. Andreu, 12/09/2013).

productivos de estos paisajes. Estamos ante una realidad que da un gran protagonismo a los mecanismos y estrategias que ha desarrollado la población de La Isla Mayor —especialmente en los últimos 50 o 60 años— y que ha culminado con el autorreconocimiento del tejido humano isleño. Esta construcción y conquista de su propia “autoconía” desde lo local, es el elemento más destacado de este paisaje agrario y el que dota de la madurez necesaria para ser heredado, como se manifiesta por ejemplo en el carácter de monumento que se otorga a las antiguas *gañanías*, o la elección del perfil de esas construcciones como las señas más destacadas de la población.

Su carácter como patrimonio natural asociado a los espacios protegidos de Doñana tiene su origen en la declaración de toda la sección sur de la Isla Mayor como el Sector Este del Parque Natural de Doñana en 1989. Se inició así una relación plagada de conflictos y actualmente reconducida, de manera que Doñana está ahora muy presente en el arrozal con un claro valor positivo

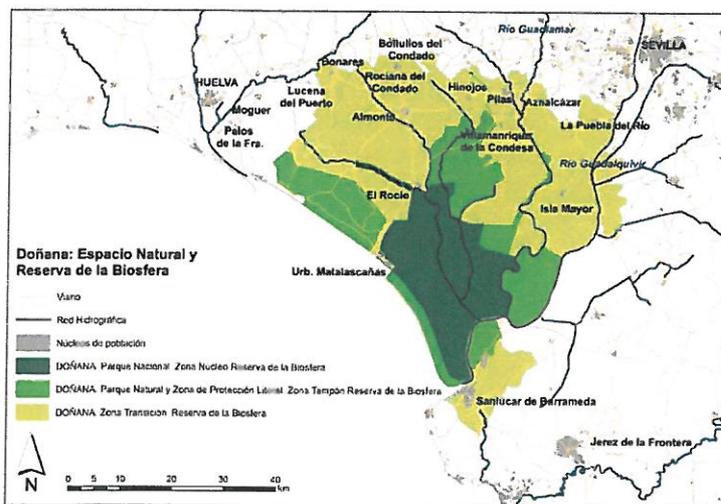


Figura 22. Doñana, Espacio Natural y Reserva de la Biosfera. (Fuente: C. López, 2015).

—como puede deducirse de los ejemplos que citamos a continuación y que todos cuentan con su reflejo paisajístico—: la afluencia de aves puede dañar el cultivo, pero también indica las buenas condiciones ambientales de estas plantaciones y sus avances en relación a la seguridad alimentaria; las señales de las rutas turísticas que salpican sus paisajes urbanos y productivos está siempre relacionadas con el arroz y/o las aves de Doñana, mostrando el valor patrimonial de estos paisajes como lugares que merecen ser contemplados y cuidados; finalmente, el uso del nombre de este espacio protegido como marca de calidad en sus producciones (arroz, cangrejos, acuicultura, precocinados), y como referencia en sus calles, en las denominaciones de las empresas o en la imagen de la web municipal, refleja la intensidad del vínculo entre Doñana e Isla Mayor.

Resulta especialmente interesante en este sentido la iniciativa empresarial conocida como Veta la Palma que se correspondería prácticamente con el Sector Este del Parque Natural y que pertenece al municipio de Puebla del Río. Así, en 1990 “se pone en marcha la actividad acuícola en la finca, a partir de 600 hectáreas iniciales, hasta conformar actualmente una franja de 3200 hectáreas inundadas con agua de inmejorable calidad, que alberga una nutrida población de peces y crustáceos que son la base de los cultivos acuícolas. Además, 3100 ha están dedicadas a agricultura de secano y 400 ha al cultivo del arroz, mientras que las restantes 4600 conservan el biotopo original de la marisma” (Veta la Palma: 2013).

El reconocimiento de los valores estéticos de estos arrozales cuenta con ejemplos interesantes que vienen creándose desde la segunda mitad del siglo pasado, tanto en obras literarias, como en pintura y fotografías, donde es especialmente llamativa la obra desarrollada por el fotógrafo Atín Aya, aunque ha sido la reciente y exitosa película *La Isla Mínima* la que ha popularizado la fuerza de estos paisajes dominados por la humedad, la planitud y su mundo de relaciones.

En pintura, se pueden citar obras de distintos artistas como es el caso de Paco Broca o la misma propuesta de acceso, contemplación y comprensión de estos paisajes que se plantea en este capítulo y cuyas claves perceptivas revelan sus significados básicos. Las dos primeras —*La llanura húmeda y hostil y el sentido de infinitud*, junto a *El agua como vertebradora del paisaje*—, recrean la permanencia del protagonismo de dos de sus determinantes físicos —la planitud y la absoluta dependencia del agua— que, por encima de las evidentes e



Figura 23. Foto del cartel de la película Isla Mínima, en un restaurante de Isla Mayor. (Foto: C. Andreu, 22/10/2015).

importantes transformaciones, continúa dotando a estos paisajes de una acusada naturalidad. En cambio, a través de las dos últimas –*La actividad agraria como principio de la mutación cíclica del paisaje: el cromatismo cambiante como superación de lo uniforme* y *Los paisajes sociales del mundo del arroz*–, se muestran los rasgos definitorios de este paisaje nuevo: la agricultura que ha sustituido al ciclo natural generando una estacionalidad propia, y los isleños que han construido “su identidad” y ocupado legítimamente “su lugar”, Isla Mayor.

5. SÍNTESIS FINAL

Las marismas arroceras del Guadalquivir emplazadas en la Isla Mayor poseen una gran potencia paisajística. Una potencia que concentra y articula sus componentes físicos, histórico-productivos y socioculturales componiendo un cañamazo que se observa y percibe a través de unos paisajes donde la tierra, el cielo y el agua están en permanente diálogo y en continua renovación:

En el principio la luz y la hora prístina
en que los labios aún en la arcilla
prueban las cosas del mundo
Sangre verde y dorados bulbos en la tierra
Y todo hermosura en su sueño la mar extendió
las gasas sin blanquear del éter.
(Elitis, 2011).

BIBLIOGRAFÍA

- ANDREU, C. (2013): *Cuaderno de campo. El arrozal respira*, inédito.
- BARRAGÁN MUÑOZ, J. M. (1996): *Estudios para la Ordenación, Planificación y Gestión Integradas de las zonas húmedas de la bahía de Cádiz*. (Oikos-tau, Universidad de Cádiz)
- BASTOS ZARANDIETA, A. D. (2012) “Aplicación de las TIG al estudio de Don Juan Gavala sobre el proceso de colmatación de un espacio histórico: el *Lacus Ligustinus*”, en *Actas del VIII Simposio del agua en Andalucía. Retos y Avances en el inicio del milenio, 1-3 octubre 2012*. Tomo I, pp. 595-604.
- BERGER, J. (2006): *Puerca tierra*. Madrid, Alfaguara.
- BERQUE, A. (2009): *El pensamiento paisajero*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- BODEI, R. (2008): *Paisajes sublimes. El hombre ante la naturaleza salvaje*. Madrid, Siruela.
- CABALLERO, J. V. (2012): Los valores paisajísticos, *Cuadernos Geográficos*, 51 (2012-2), 245-269.
- CARO, R. (1994): *Antigüedades y Principado de la ilustrísima ciudad de Sevilla y chorografía de su convento jurídico o antigua chancillería*. Sevilla, Universidad de Sevilla. Edición original: 1634.
- ELITIS, O. (2011): *Antología*. Madrid, Akal.
- GONZÁLEZ, J. (1993): *Las Marismas del Guadalquivir: etapas de su aprovechamiento económico*. Coria del Río, C. P. Antonio Cuevas.
- GROSSO, A.; LÓPEZ SALINAS, A. (1977): *Por el río abajo*. Bilbao, Albia Literaria (2ª ed.).
- LYOTARD, J. F. (1988): *L'Inhumain*, Oxford, Polity press.
- NAVAJERO, A. (1884): Equipo 28: *El Río. El Bajo Guadalquivir*. Sevilla, Junta de Andalucía.
- NOËL, E. (1870): *Las márgenes del Guadalquivir*. Sevilla, Universidad de Sevilla.
- OJEDA, J. (2013): “Lectura transdisciplinar de paisajes cotidianos, hacia una valoración patrimonial. Método de aproximación”. *Revista INVI*, nº 78, Agosto, volumen 28, pp. 27-75.
- PRETE, A. (2010): *Tratado de la Lejanía*. Valencia, Pretextos.
- RODRÍGUEZ CÁRDENAS, M. (1997): *Historia de La Isla Mayor del río Guadalquivir*. Sevilla, Colegio Público Villafranco del Guadalquivir.
- SABUCO, A. (2005): La memoria y el territorio. La construcción de la comunidad local en Isla Mayor (Sevilla). Madrid, Ministerio de Cultura.
- SUÁREZ JAPÓN, J. M. (1994): en Rodríguez Cárdenas (1997): *Historia de La Isla Mayor del río Guadalquivir*, Sevilla, Colegio Público Villafranco del Guadalquivir.
- SUÁREZ JAPÓN, J. M. (2007): *Por el río abajo. Un viaje literario por la marisma del Guadalquivir*. Córdoba, Almuzara.
- VETA LA PALMA (2013): <http://www.vetalpalma.es/historia.asp?LG=1>. (Consultado del 15/10/2013).
- ZOIDO, F. (2012): El paisaje, un concepto útil para relacionar estética, ética y política. *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*. [En línea]. Barcelona, Universidad de Barcelona, julio, vol. XVI, nº 407. <<http://www.ub.es/geocrit/sn/sn-407.htm>>